



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

EL NÚMERO

I.

**L**A aritmética, esa ciencia positiva que todo lo reduce á números, es, entre las ciencias, la que ejerce mayor influencia en el curso bastante agitado de la edad moderna.

Quando se inventó el número, preciso es confesar que se inventó una gran cosa, porque dentro de él se hallaba oculto el secreto de todas las soluciones.

Es decir, que en la razón numérica, según las últimas indagaciones, está necesariamente la razón suprema.

Cualquiera que sea la admiración que nos tribuemos, nos es preciso reconocer que, al fin y al cabo, existía oculta en las profundidades del guarismo una solución universal, que nosotros, es verdad, permítasenos esta satisfacción legítima, hemos encontrado.

Al proclamar la soberanía de la razón humana, hemos proclamado pura y simplemente la soberanía absoluta del número, sin presumirlo; hemos traducido á Tácito sin entenderlo.

Los números se dibujaban misteriosamente á la vista de los hombres, como jeroglíficos á medio descifrar, y la cantidad saltaba impaciente á los ojos de todos, y nadie la veía en toda la extensión de sus aplicaciones.

En honor de la verdad, la guerra, más atrevida, más resuelta que la política, vió antes que ésta el valor irresistible del número, y los conquistadores convencieron al mundo de su derecho por los incontestables argumentos de los ejércitos.

Ciertamente: pero en realidad el descubrimiento poderoso de los ejércitos no fué, en substancia, más que el hallazgo feliz del diamante en bruto, porque todavía el número mayor solía ser vencido por números menores.

Aún no había llegado el momento en que la emancipación completa de la cantidad impusiera su imperio definitivo á los hombres, y entonces todavía el talento militar, la sabiduría estratégica, el genio de la guerra, y aun la loca fortuna, conservaban el poder de decidir muchas veces, ya en favor de unos ó de otros, los sangrientos litigios de los pueblos.

La victoria, sin saber á qué carta quedarse, fluctuaba entre el número y el talento, entre la cantidad y el genio, entre el valor y la suma; y el

triumfo, huyendo muchas veces de la superioridad del número, era alcanzado por la inferioridad de la fuerza.

Á la sombra de estas vacilaciones de la victoria, la suma brutal de las fuerzas materiales se veía con frecuencia vencida por el heroísmo ó por la astucia. La pericia militar se sobreponía al número, y llegaba á ser hasta una ciencia el terrible arte de la guerra.

Era una lucha empeñada entre la inteligencia y la cantidad, entre el genio y la fuerza: de una parte, los formidables ejércitos de Jerjes; de otra, Temistocles; es decir: por un lado, el ímpetu de muchos hombres reunidos; por otro, el genio de uno solo. El éxito, menos instruído en el valor trascendental del número, desconociendo aún el poder moral oculto en las tenebrosas entrañas del guarismo, se dejaba llevar con frecuencia por las concepciones atrevidas del talento, y concedía la victoria alternativamente á la fuerza y á la inteligencia.

Entonces resonaba por el mundo el nombre de los grandes capitanes, porque la fuerza bruta no era todavía la expresión completa, la fórmula definitiva de la razón humana.

Faltábale, pues, al número alguna cualidad, algún requisito, que era preciso darle ó descubrirle, para llegar al caso práctico en que, de un modo ó de otro, la razón numérica no se viera nunca ni subyugada ni vencida.

Tan portentoso descubrimiento nos estaba re-

servado á los que hemos venido al mundo en los tiempos que corren, y á nuestra civilización corresponde la gloria de este triunfo de la razón soberana.

Ella es, en verdad, la que ha dicho con satisfacción suficiencia: «Diez son más que cinco, veinte más que diez, ciento más que cincuenta».

## II.

En esta fórmula aritmética hallamos la solución continua de todas las cuestiones que pueda suscitar la inquietud incansable del espíritu humano.

No deja de ser curioso que en una época tan esencialmente habladora, ó, como si dijéramos, parlamentaria, sea la palabra la que todo lo revuelva, y el número quien todo lo decida.

Hay algo de caprichoso ó de fatal en el extraño caso en que, después de haber conquistado el libre imperio de la palabra, la hayamos condenado á ser esclava del número.

Al apropiarnos la facultad de examinarlo todo, parece como que se nos ha impuesto el castigo de que no acertemos á resolver nada.

Es cierto que hemos emancipado nuestro pensamiento del yugo de toda autoridad. Muy bien; pero es el caso que á la vez hemos sometido la independencia de nuestra razón al ciego arbitraje de las cantidades.

Podría presumirse que, incapacitada la razón,

libre de sujetarse á verdad alguna, desesperada de su propia impotencia, apela á las decisiones de los números para encontrar algo á que atenerse.

Es decir, que la verdad que buscamos, no pudiendo encontrarla en las luminosas regiones de nuestra razón soberana, acudimos á sacarla de las oscuras profundidades de una urna, por medio del ingenioso mecanismo de las votaciones.

¡Singular oráculo es el que nos ha traído el triunfante paganismo de la razón! No hay sabiduría, no hay virtud, no hay autoridad, no hay ciencia á la que concedamos el privilegio de la infalibilidad. Pero, ¡ah!, cualquiera mayoría es infalible.

Hasta hace poco se había creído que los sabios, los justos, los hombres superiores, eran *los menos*. Error...., error imperdonable; porque he aquí que al romper las bárbaras cadenas de las antiguas tiranías, *los más* somos infalibles.

¡*Mayoría!* Y bien: ¿qué es mayoría?

En todo rigor numérico, empieza á ser en la mitad más uno; donde quiera que haya uno más, allí hay mayoría.

Ó de otra manera:

La suma de muchas ignorancias, el conjunto mayor de las más pequeñas pasiones, la gran cantidad de todas las vanidades, reunión más ó menos monstruosa de preocupaciones y de intereses. Toda esa multitud que veis invadir las antecámaras de los poderosos; la que veis formar la comitiva de todos los éxitos; la que se esconde en los días del peli-

gro; la que da la cicuta á Sócrates; la que destierra á Aristides; la que crucifica á Cristo.

Ella es la que llena el Circo romano; la que presta su voz en las grandes agitaciones para gritar «¡Muera!»; la que une su voz á los partidarios que triunfan, para decir «¡Viva!».

Especie de girasol, que, dando vueltas sobre sí misma, vuelve majestuosamente la espalda al sol que se pone, para presentar la faz risueña al sol que sale.

Está en todas partes; su fisonomía movible tiene siempre á la mano la expresión del momento. Si el tirano decreta la alegría, se alegra; si ordena la tristeza, llora; si pide entusiasmo, aplaude; si impone silencio, enmudece.

La mayoría es, en fin, la razón suprema, definitiva é irresponsable, porque el número se ha levantado inexorablemente sobre las pretensiones de la sabiduría, sobre las austeridades de la virtud, sobre los rigores de la autoridad y sobre las tiranías de la ciencia.

Decir mayoría es decir vulgo, y vulgo es esa colección interminable de ceros que se coloca victoriosamente á la derecha de toda unidad triunfante.

La justicia, la moral, la verdad, y hasta la naturaleza, han caído bajo el nivel augusto del sufragio universal; y, sea como quiera, ese es el fundamento sobre el que fluctúa el pasmoso edificio de la sociedad moderna.

## III.

El número, pues, saliendo de la humilde condición en que vivía, se ha erigido en árbitro, en juez, en legislador supremo de los hombres. Esto es: lo hemos elevado á su última potencia.

Ya el dinero, calculador de suyo, había previsto la posibilidad de este reinado aritmético, y anticipándose á la exaltación universal de las cantidades, aunque no fuera más que por ganar tiempo, se vistió, digámoslo así, la librea de la futura majestad, llamándose *numerario*.

Presintió su futuro poder, adivinando que había de llegar un día en que la cantidad, sobreponiéndose al influjo de la inteligencia, subordinara la razón á su imperio, y decidiera como tribunal supremo todas las cuestiones del género humano.

La fuerza es una cantidad; una mayoría es una cantidad; la riqueza toda es cuestión de cantidades.

Cien mil soldados, quinientos votos, cien millones de pesos. ¿Quién se atreverá á tener razón ante esas tres potencias del número?

Un ejército que vence, es una cantidad que arroja; una mayoría que triunfa, es una cantidad que se impone; las riquezas que avasallan, no son más que cantidades que deslumbran, que seducen, que sobornan.

Y, ¡oh dignidad de la especie humana!, sólo se

exige á la cantidad la circunstancia de que sea respetable.

¿Por qué no hemos de reconocerlo? La cantidad se ha apoderado de todos los secretos de la vida, y hay que contar con ella como contamos con la circulación de la sangre. Sin ejércitos no pueden vivir las naciones; sin mayoría no pueden vivir los gobiernos; sin dinero no vive nadie. La fuerza bruta nos sale al paso por todas partes, y hay que humillarse, reconocerla y vitorearla.

Y, convengamos en ello: era preciso regularizar, someter á una pauta rigurosa las veleidades de la razón libre; era necesario dar al impaciente desasosiego del pensamiento humano una regla á la vez permanente y variable; vaciar, por decirlo así, la inteligencia en un molde que, siendo siempre el mismo, fuera en cada ocasión distinto; una ley fija y al mismo tiempo movable.

La ley estaba hecha, y no podía ser otra que la ley de la cantidad, inflexible sí, pero inconstante.

Realmente la gran apoteosis del número sólo podía hacerse en un siglo positivo.

¿Acaso es otro el secreto de la naturaleza? La uniforme actividad del universo no es, en suma, más que cuestión de cantidades. La acción de las atracciones: he ahí el imperio de las grandes masas.

Y bien. Esta ley de la materia, ¿no debía lógicamente ser la ley del género humano en un siglo materialista?....

## IV.

De la misma manera, el número, rompiendo los límites de la vida pública, ha invadido los apartados recintos de la vida privada, penetrando hasta en el último rincón de la casa.

Cada uno lleva siempre presente en su pensamiento un número, que viene á ser la cifra de los temores que le asaltan, de los recuerdos que le alegran ó le entristecen, de las esperanzas que le animan.

La vida misma no es más que la doble operación aritmética de sumar y restar: empezamos reuniendo en una cantidad el valor de los innumerables deseos que van brotando en el curso de nuestros primeros años. Después, debajo de esa suma, se va formando uno á uno la inexorable cifra de los desengaños, y entonces empieza la terrible resta.

Marta es una preciosa niña que va á cumplir doce abrilés; y es tan inocente, que daría seis por tener quince.

Margarita es una hermosa mujer que ha cumplido ya treinta octubres; y es tan generosa, que los daría todos por no pasar de veinte.

Nos parecen innumerables las arenas del mar y las estrellas del cielo; pues bien: todavía es más insondable el guarismo de lo pasado y el número de lo futuro.

Lo porvenir.....: ¡qué cantidad de esperanzas!....  
 Lo pasado....: ¡qué suma de desengaños!....  
 ¿No es esta la cuenta de la vida?....

Hay números alegres: aquellos, por ejemplo, que antes del sorteo campean en el billete de la lotería que hemos adquirido.

En él se encierra una fortuna nunca probable, pero siempre posible: es una esperanza.

Después del sorteo, ese mismo número es muy triste, si no ha tenido bastante virtud para ser premiado.

En la historia del amor, todas son fechas, es decir, todo en él son números: el tres, el nueve, el quince, el veinticinco, el treinta; esto es: aquel día, el día siguiente, al otro día...; en una palabra: todos los días.

Todavía hay quien tiene en su corazón un lugar reservado para los tiernos afectos.... ¿De qué se trata? ¿De una mujer?... Vivía en una ciudad ó en otra, en esta calle ó en aquella...., número dos, siete, doce...

¡Ha muerto!.... Es lo mismo, porque también en el cementerio su nicho está numerado. Su número es el ciento, el quinientos, el mil.

Número es esa cantidad mayor ó menor que se lleva de continuo en la memoria y se estampa en ella, como en un libro de caja la cantidad que se debe, la cantidad que se tiene, la cantidad que se espera....

## V.

Y en medio de esa diversidad de cantidades que saltan á nuestros ojos, dando forma y esencia á todas las cosas, y que simultáneamente se disputan el dominio de nuestra razón y de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos y de nuestros deseos, la unidad, escondida en el fondo de esas colecciones aritméticas, absorta como las estatuas de los dioses olímpicos en su propia contemplación, ejerce más que nunca en el corazón del hombre la influencia de su imperio.

El número *uno* es en realidad el gran número; es la expresión de la individualidad egoísta; es el centro de esa atracción exclusiva con que pretendemos apropiarnos todos los beneficios de la vida, como si cada uno de nosotros fuera el solo usufructuario de la tierra.

¡Es el *yo*, el *yo* imperioso, el *yo* soberbio, el *yo* satánico!

El número *uno* es el gran número, del cual quiéramos todos hacer el número único.





## DON HERMÓGENES

---

**E**s de suponer que Moratín, en su comedia *El Café*, tratara de dejarnos un retrato fiel del pedante de su tiempo, y en tal caso el insigne *Don Hermógenes*, de todos conocido, que habla en griego para mayor claridad, debe ser la *vera efigies* del pedante propio, característico, de principios del siglo presente.

Este célebre personaje de Moratín es un pedante cómico, insubstancial, sin trascendencia y sin importancia; un retrato cuyo original buscaríamos inútilmente ahora; personaje obscuro, desconocido, sin celebridad y sin importancia, reducido á los aplausos de la familia ó á la admiración de cuatro amigos que se hacen cruces de tanta ciencia; pero *Don Hermógenes* ha cambiado mucho de fisonomía, y se ha multiplicado maravillosamente, tanto, que no

nos será difícil tropezar con un pedante al volver de cada esquina.

Si el mismo *Don Hermógenes*, que Moratín pinta con tan hábil dibujo, resucitara en nuestro tiempo, no necesitaría ahora que la diestra mano del émulo de Molière lo sacara de la obscuridad de su vida; porque su propia pedantería, adoptando la forma estrepitosa que hoy está generalmente admitida, haría de sí propio un personaje ruidoso, importante, transcendental, y aun gigantesco.

Quiere decir que aquel mismo *Don Hermógenes* sería hoy un.... ¡Cuántos nombres acuden á mi memoria!.... Pero, en fin, sería una de esas multiplicadas celebridades, cuyos nombres repite el vulgo, asediado por las alabanzas de los periódicos, ecos, por lo común, de todas las vanidades, de todas las ambiciones, y, dicho sea al paso, de todas las nulidades.

Tendríamos, pues, en *Don Hermógenes* un hombre de Estado...., un filósofo...., un sabio, ni más ni menos.

Semejante engrandecimiento de la especie que tenemos á la vista, es muy natural en estos días, en que adquieren tan pasmoso y rápido volumen todas las hinchazones.

Él resuelve todas las dificultades, explica todos los fenómenos, adivina todos los sucesos. Nada le sorprende, nada le admira, porque todo lo tiene siempre previsto. Semejante á las campanas, suena porque está hueco; pero suena.

Los tres rasgos fisonómicos de nuestra época son el vapor, la electricidad y el crédito; esto es, los caminos de hierro, los telégrafos y la Deuda pública. Y, digámoslo aquí en secreto: tres maneras sencillas y abreviadas de estrellarse, de engañarse y de arruinarse, salvas, por supuesto, todas las ventajas que nos proporcionan.

Fuera de las frecuentes catástrofes que hacen tan interesante la rápida historia de los caminos de hierro; fuera de las continuas mentiras y de los repetidos engaños á que tan fácilmente se prestan las comunicaciones del telégrafo; fuera de las diversas bancarrotas que un día y otro nos advierten que no es oro todo lo que reluce, el vapor, la electricidad y el crédito son tres invenciones maravillosas, dignas de nuestra admiración y de nuestro orgullo.

Eso sí: desde el momento en que el empleado de la estación cierra la puerta del coche en que nos hemos metido, y la máquina silba con acento desgarrador, y el tren parte produciendo el estrépito de un trueno subterráneo, el viajero pierde todas las condiciones de la naturaleza humana, y se convierte en simple mercancía.

La fuerza bruta que nos arrastra no acierta á distinguir entre un fardo y una persona; para ella es lo mismo un bulto humano que un bulto de equipaje; el impulso es demasiado brutal para que pueda detenerse en tan nimias diferencias.

Una vez dentro, no hay más que dejarse morir ó dejarse matar, seguros de que, muertos ó vivos,



llegaremos á la estación inmediata, si antes no hay un incendio, un descarrilamiento ó un choque, únicas contingencias que pueden comprometer el éxito del viaje.

Es verdad asimismo que el telégrafo nos puede herir con la repentina puñalada de una noticia terrible, y además falsa y siempre anónima; no hay para qué ocultar que los movimientos de la Bolsa, donde el género humano se juega lo que tiene y lo que no tiene, dependen de los hilos del telégrafo, bastante frágiles y no siempre veraces; convengamos, en fin, en que la verdad, lo mismo que la mentira, pueden correr con igual velocidad por esos alambres comunicativos, porque la chispa eléctrica que los hace hablar es también una fuerza bruta que no sabe distinguir lo verdadero de lo falso.

En cuanto al crédito... ¡Ojalá pudiéramos negar la inmensidad de la deuda que pesa sobre los frágiles cimientos de nuestras fastuosas prosperidades!

Mas en cambio de estos pequeños inconvenientes, de estas ligeras dificultades...., ¿quién se resignaría ya á eternizarse en el camino, confiando la urgencia del viaje al cansado trote de cuatro caballos y á las pesadas ruedas de una diligencia?... ¿Quién renunciaría ya al impaciente placer de adquirir noticias continuas de los sucesos que diariamente surgen por toda la redondez de la tierra, casi en el momento mismo en que están sucediendo?... ¿Y quién podría ya acostumbrarse á vivir con el afán del trabajo y la penuria de la pobreza, pu-

diendo, bien de un modo ó de otro, adelantarse la holganza, las comodidades y el lujo de la riqueza antes de haberla adquirido?....

Claro está que un *rail* del camino de hierro le levanta cualquiera, que los hilos del telégrafo se cortan fácilmente, y que las riquezas que el crédito improvisa suelen las bancarrotas disiparlas. Pero entretanto el vapor dice: «Anda»; la electricidad dice: «Oye y habla», y el crédito dice: «Gasta y triunfa»; y á todos, en revuelta muchedumbre, nos falta tiempo para correr, para oír y para hablar, para deshacer las prosperidades presentes, ó para derrochar las riquezas futuras.

Tal es la urgente precipitación en que vivimos. Pues bien: estos tres elementos constitutivos de la vida moderna, estas tres formas abreviadas del tiempo y del espacio, se han aplicado también al movimiento de la inteligencia.

En los tiempos en que se vivía más despacio, un sabio tardaba mucho tiempo en hacerse; y como no todos poseían la aptitud necesaria para hacerse sabios, los sabios en el mundo eran entonces muy contados.

Ahora se aprende al vapor; se sabe, digámoslo así, á la electricidad, y se llega á una suficiencia completa, tomando, prestadas de cuatro libros mal leídos, cuatro frases de relumbrón, que, dichas ó escritas con cierto énfasis, producen un grande efecto de perspectiva.

El *Don Hermógenes* que se ofrece á nuestra curiosa observación es un sabio...., un filósofo, un genio precoz, cuya aprovechada inteligencia, no pudiendo sujetarse al fastidioso estudio de los conocimientos elementales, ha pasado con mucho trabajo por las aulas de la enseñanza preparatoria que se recibe en los Institutos, y han sido necesarias algunas recomendaciones para que no se quede estancado en los estudios mayores que se dan en las Universidades, porque, al fin, no siempre en esos centros del saber humano se hace justicia al *genio*.

Es posible, y no deja de ser frecuente, que el joven filósofo no haya visitado Instituto ni Universidad alguna, y que no pase su *ilustración* de saber leer con algún sentido y escribir con mediana ortografía; pero ha caído en sus manos alguna deplorable traducción de la *jerga filosófica* más reciente, y frecuente la mesa de un café, en la cual se exponen y se comentan *ex cathedra* todas las noches, por espacio de algunas horas, las insulsas *hipótesis* del filosofismo moderno, con lo cual no necesita más para declararse doctor en filosofía.

¿De qué se trata? ¿De Dios? ¡Bah! No hay tal cosa. Si acaso, puede admitirse la existencia de un *éter* sutilísimo como causa originaria del universo, y, en último resultado, no hay inconveniente en que se reconozca una inteligencia casual, especie de espíritu animador de la naturaleza, contenido en toda ella.

No es intolerante, y respeta las opiniones de los

*deístas*, porque al fin es posible, á lo menos en la *ciencia*, la abstracción de un ser anterior al universo; ser ocioso, indiferente, que, después de haber trazado los rasgos fundamentales de la creación por puro pasatiempo, se ha dormido profundamente, huyendo del fastidio de su propia eternidad.

¿De qué se trata?... ¿Del hombre?... ¡Oh! El hombre es la última producción de la materia, un organismo de cuya combinación involuntaria resulta el fenómeno de la voluntad, del pensamiento, de la inteligencia; composición química, cuyos elementos, al ponerse en contacto entre sí, se inflaman, produciendo la luz de la razón. Lo que el vulgo ignorante llama alma, no es una substancia independiente y distinta de la materia, sino.... un resultado de la materia misma.

¿De qué se trata?... ¿Del orden moral?... Preocupación...., manía.... No hay bien ni mal absolutos: el mal y el bien sólo existen en el orden de las apreciaciones relativas.... La ley que llamamos moral es una ley variable, de pura conveniencia, una ley de circunstancias, porque *el libre albedrío es una hipótesis metafísica que nunca se ha demostrado*.

Este desorden de conocimientos constituye toda la erudición, toda la ciencia del pedante auténtico de nuestros días. Viene á ser la suma de todas las incredulidades que el desparpajo científico de la impiedad hace circular como moneda corriente. Niega la autoridad, niega la fe, niega la historia, se

niega á sí mismo ; es el tramposo, digámoslo así, de la ciencia, puesto que niega todo lo que debe creer ; especie de trapero de la inteligencia, rebusca en los mayores extravíos filosóficos las novedades más estupendas, y sólo recoge los desechos.

Ignoro qué género de conocimientos sean indispensables para no creer en nada, pues para no ver, jamás se ha necesitado luz ninguna.

De todas maneras, él está siempre en el secreto de las cosas ; todo lo ve, todo lo sabe, todo lo explica. Hay algo en él de esa ciencia infusa que los magnetizadores pretenden infundir en sus *mediums* ; de esa doble vista que se abre paso al través de las mayores distancias, de esa luz maravillosa con que el somnábulo distingue lo que jamás ha visto, lo que no ve, y lo que no verá nunca.

Este *Don Hermógenes* de la nueva especie no se contenta con exponer su *doctrina* en las controversias semipúblicas de los cafés y de los casinos y en las conversaciones particulares de las tertulias, sino que además perora en los clubs, charla en las asambleas políticas, brinda en los festines, declama en los entierros, y echa también su cuarto á espadas en las cátedras de los Ateneos y de las Academias. Siempre habla *ex cathedra*.

Llama á las diferentes edades en que se divide la vida del hombre, evoluciones del *yo* en el tiempo y en el espacio ; á Dios, pura abstracción ; al hombre, animal adorador. Posee todos los lugares comunes

de la fraseología científica ; su voz es la que más se oye, su discurso el que más dura. Es imposible detenerlo en ningún punto de la cuestión, porque su razón, demasiado libre, se rebela contra todo yugo. Semejante á un pájaro suelto, se escapa por todas partes. Es una degeneración del hombre en papagayo. Una voz que suena, una palabra que se pronuncia ; todo, menos razón, menos discernimiento, menos inteligencia.

Puede ser buen hijo, buen padre, buen amigo, y hasta buen ciudadano ; pero siempre pedante. Es fácil conocerlo ; pero muy difícil distinguirlo. Es fácil conocerlo por el estilo, puesto que su vocabulario se halla provisto de todas las frases, digámoslo así, técnicas, con que las filosofías que hoy andan por el mundo velan sus misteriosos conceptos á las miradas de los simples mortales ; su sintaxis no es menos independiente que la de cualquiera de esos ideólogos que traen revuelto el cotarro de la filosofía. En una palabra : se le conoce fácilmente, ni más ni menos que porque no habla en cristiano. Es muy difícil distinguirlo, porque toda esa fraseología, si puedo decirlo así, sabia, ha inficionado de tal manera la naturalidad del lenguaje, que ya casi ha tomado en él carta de naturaleza, llegando á ser del dominio común.

Sí ; la cosa se ha extendido de tal modo, que hasta el vulgo habla en *gringo*, y resultan pedantes hasta los mismos que no han nacido para serlo.

*Don Hermógenes* es un ejemplar, un individuo,

la muestra de la pedantería de todos los tiempos; pero aquí no tratamos de un tipo, sino de una especie, porque la pedantería, saliendo de los estrechos límites de aquella erudición grotesca que representa *Don Hermógenes*, se ha engrandecido haciéndose sabia, llevando el atropello de todos los conocimientos divinos y humanos al terreno de la ciencia.

La pedantería es ya una costumbre en la manera de ser de los sabios y de los ignorantes; el énfasis científico viene á constituir como un estado del ánimo; lo diré de una vez: todos padecemos la idiosincrasia de la ciencia.

No es absolutamente preciso que sea joven para ser pedante, pues la locura de la sabiduría en la edad presente alcanza á todas las edades, y ya sabemos que la generalidad de los entendimientos poseen la cualidad de conservarse en verdor perpetuo; es decir, que nunca maduran.

La manía de saberlo todo ha hecho siempre más pedantes que sabios, más necios que impíos, más tontos que malvados; y he aquí por qué las dos terceras partes del género humano que se agitan en el hervidero de las grandes poblaciones, pertenecen á la familia de *Don Hermógenes*.

Prescindiendo de la diversidad de sectas filosóficas que nacen del racionalismo, los pedantes del día se dividen en varias especies, según el estilo peculiar de cada uno, y todos ellos, volterianos

unos, prudhonianos otros, hegelianos, positivistas, desembocan en la ilimitada esfera de la política, dotando á los pueblos que han perdido el juicio, de series no interrumpidas de reformadores.

El más juicioso de cuantos lean estas páginas puede convencerse por sí mismo de la avasalladora extensión que ha adquirido en estos tiempos la pedantería. Ponga la mano sobre su corazón, y diga ingenuamente si no tiene más ó menos oculto, allá en las obscuridades de su entendimiento, algún plan de gobierno, las bases, por lo menos, de alguna *constitucioncilla* que, asegurando las conquistas de la libertad, afirme la prosperidad y el orden. ¿No siente latir en algún rincón de su inteligencia algo informe que se parezca poco más ó menos á los primeros impulsos de un nuevo sistema político?

La pedantería está en el aire que se respira, pero principalmente la pedantería filosófica y política. *Don Hermógenes*, conservando su propia esencia, pero vaciado en el molde del pedante moderno, sería.... ¡Bah! Otra vez me asalta la tentación de los nombres propios; mas sería tarea interminable, y además ociosa; interminable, porque son muchos; ociosa, porque todos los conocemos.

¡Los ideales! He aquí un plural espléndido. No sé qué horizontes desconocidos, qué profundidades futuras, qué perspectivas movibles ha descubierto la ciencia, que el espíritu humano, descontento de todo cuanto le rodea, se ha lanzado en busca de los

más curiosos imposibles. Es el romanticismo de la ciencia.

Pues bien: á la altura en que nos encontramos, *los ideales* es la palabra favorita del pedante. Hay allá, á lo lejos, prosperidades para todos los gustos, para todas las aficiones, para todos los intentos: como en una ropería, cada uno puede elegir el traje que más esté á su medida para la estación venidera. El pedante adopta la palabra como una revelación, y *los ideales* no se le caen de la boca. ¡*Ideales!* ¡Él, que no ha tenido jamás idea cierta de cosa ninguna!

Claro está que, confiando á los secretos de lo por venir las futuras felicidades del género humano, todo lo presente le ha de parecer imperfecto, menos su propia suficiencia; por lo tanto, la crítica es su fuerte, es decir, su flaco. En el universo hay graves imperfecciones; la naturaleza es incorrecta, empírica, tradicionalista; la sociedad, un mero convenio, un acuerdo tácito entre todos los individuos; en resumen: un *modus vivendi*.

Si le da por ser poeta, estamos perdidos, porque el arte trascendental es el *desideratum* de su estética. La *thesis*: he ahí el *quid divinum*, la única inspiración que reconoce. Ha oído llamar argumento al nudo ó fábula de todo poema, y ha dicho: «¡Argumento! Luego ha de probar algo.» Toda obra de arte ha de ser á sus ojos una demostración científica; si no es eso, ¿qué puede ser? Así aparecen en los teatros dramas monstruosos, tesis representadas,

sin pies ni cabeza, que, si demuestran algo, es solamente la degradación del arte y las locuras artísticas de la manía científica.

En estos dramas se encuentran colecciones de personajes jamás vistos ni oídos, en cuyas bocas el autor se multiplica, arrojando al público, en diversidad de tonos, todo el caudal de su filosofismo.

Podéis decir con seguridad aritmética que es el pedante multiplicado por cuatro, por seis, por ocho, según los personajes que han sido necesarios para formar el laberinto de la tesis dramática.

Digámoslo aquí: un hombre de gran talento y de recursos dramáticos extraordinarios ha abierto las puertas del teatro á la trágica pedantería que hoy cobra el barato en la república de las letras.

No es raro el fenómeno de esta propensión que arrastra á las nulidades hacia la cumbre de la suficiencia, porque, digámoslo francamente, los pedantes medran, prosperan, viven, y, lo que es más, el público los admira.

Por más que pomposamente nos atribuyamos la facultad de reformar el cielo y la tierra; por más que nos tributemos el honor de haber escalado la eternidad y haber destronado á Dios, en realidad no somos soberbios; somos simplemente vanidosos, pues nos contentamos con las apariencias de aquello que apetecemos: no tenemos tanto el vicio como la hipocresía del vicio.

El más fiero enemigo de la justicia divina que

en las asambleas, en los clubs, en los casinos, en los teatros, brama, en prosa ó en verso, contra el Dios verdadero, ó se mofa de su sabiduría, sabe perfectamente que no es, en resumen, más que un pobre hombre, y no se le oculta que toda su furibunda ciencia no es más que pura pedantería. Mas se ha hecho de la incredulidad un título de ciencia, un mérito insigne, que se premia, se enaltece, se alquila y se compra.

Los fanfarrones de la sabiduría, los barateros de la ciencia, han averiguado que las especulaciones científicas pueden ser muy bien verdaderas y positivas especulaciones, y, por lo tanto, aparentan muchas veces incredulidades imposibles. Especie de mendigos públicos, pintan sobre sus miembros asquerosas llagas que no padecen.

El pedante moderno no es, como *Don Hermógenes*, un pedante cómico, insubstancial, sin trascendencia y sin importancia; en una palabra: un pedante inofensivo. No: es un pedante dramático y aun patibulario; es un pedante trascendental: su trascendencia consiste en que revuelve la sociedad, y su trascendencia le da su importancia. Es la prendería de la ciencia, el Rastro de la sabiduría.

No sé qué dictados nos reservará la historia: podrá llamarnos impíos, incrédulos, trastornadores, mercaderes, falsarios, insensatos, imbéciles....; ¡quién sabe! Pero tal vez sea injusto el fallo de la posteridad, porque acaso no seamos más que unos

insignes pedantes, algo menos afortunados de lo que parece.

Para fijar bien la fisonomía auténtica del pedante que vive entre nosotros, se codea con nosotros, y se confunde con nosotros, voy á señalar tres especies que todos conocemos, y que, á pesar de la variedad de sus distintos nombres, no son más que una misma cosa:

El matonismo es la pedantería del valor.

La coquetería es la pedantería de la belleza.

El fausto, la pedantería del dinero.

El mundo teme á los matones, adora á las coquetas y envidia el fausto.

